

PIO IX.
HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA
Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,
Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION A LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

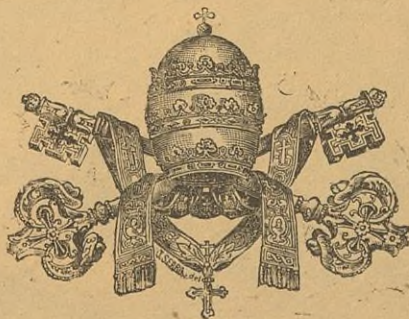
doctor en sagrada Teología :

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA :
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
CALLE DE ROBADOR, N.º 24 Y 26.
1871.

Entregas 33 y 34.

L47
2864

PIO IX.

HISTORIA DOBRO EN TADA B. SU VIDA

DE SU VIDA Y SU REINADO EN ROMA Y EN ITALIA

DE SU VIDA Y SU REINADO EN ROMA Y EN ITALIA

D. EDUARDO MARIA YILARRASA

D. ENRIQUE ROBERTO CEBALLOS

DE SU VIDA Y SU REINADO EN ROMA Y EN ITALIA

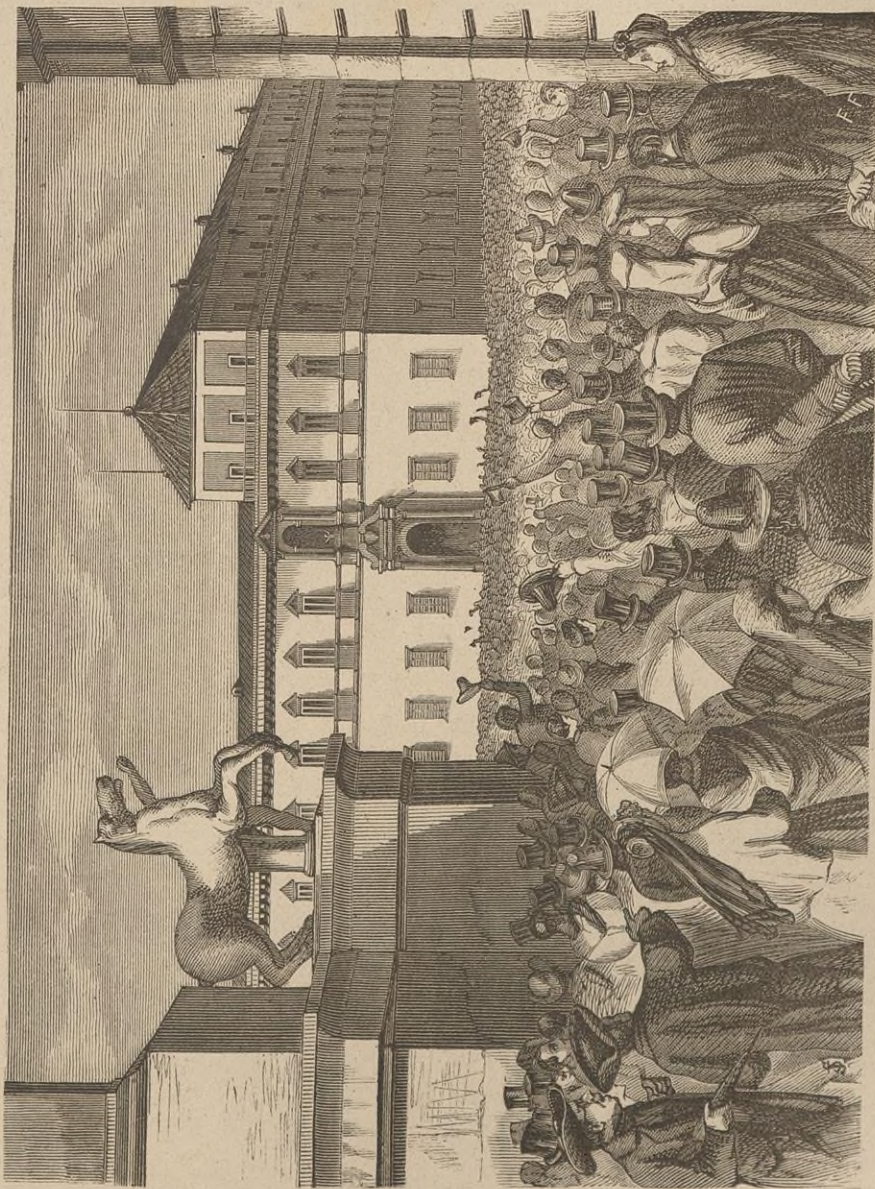
DE SU VIDA Y SU REINADO EN ROMA Y EN ITALIA

B. VILLOTA

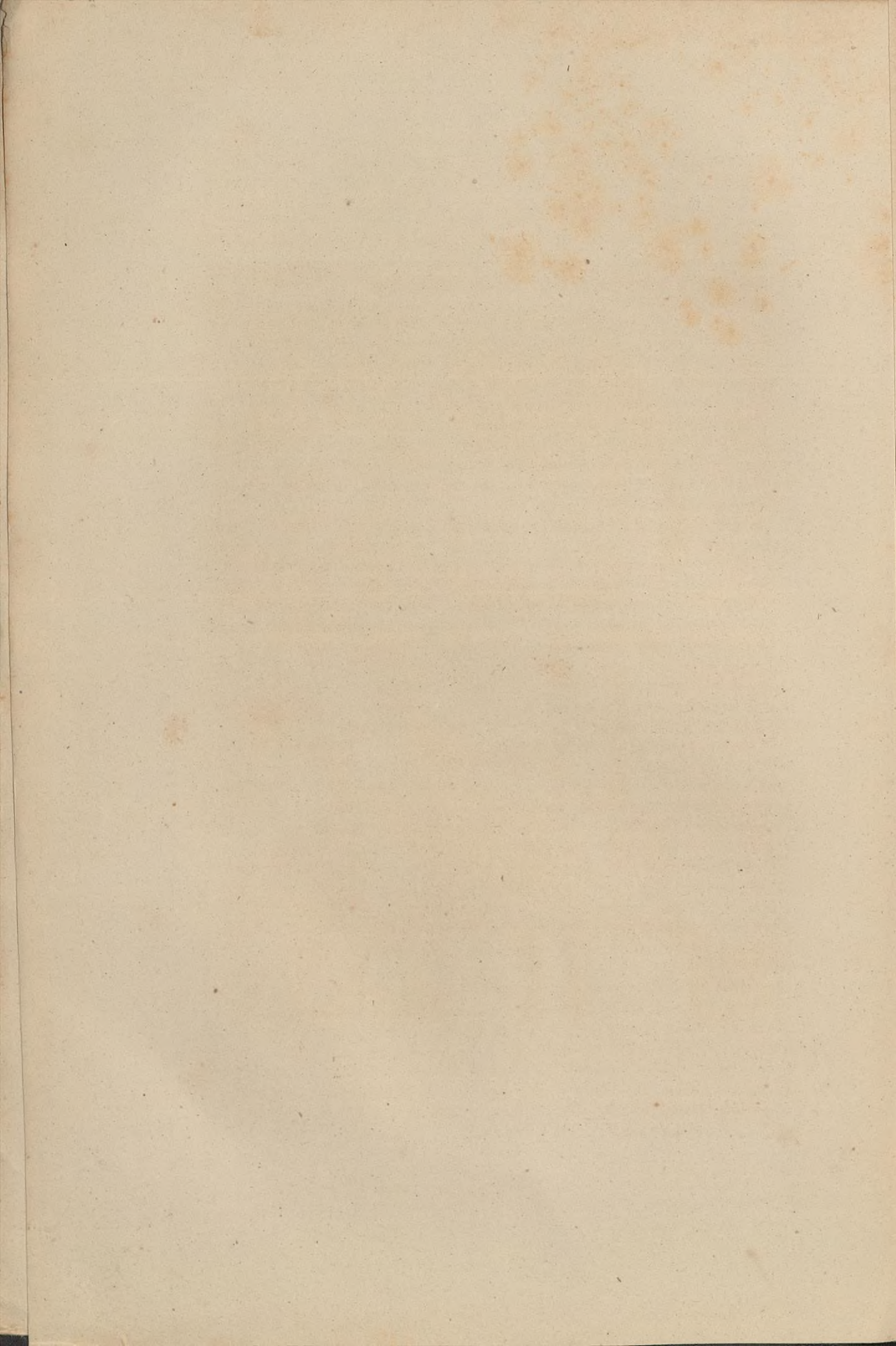
DE SU VIDA Y SU REINADO EN ROMA Y EN ITALIA



UNA PALOMA SE POSA SOBRE EL COCHE DEL CARDENAL MASTAI AL DIRIGIRSE AL CONCLAVE.



ANUNCIO AL PUEBLO DE LA ELECCION DE PIO IX DESDE EL QUIRINAL.



pezado la guerra de la independencia italiana; al contrario, se honra con haber tenido el valor suficiente para emprender una obra tan arriesgada. Sabia que al emprenderla correspondia á los deseos de los pueblos y trabajaba en favor de la causa mas santa del órden social y de la humanidad. Todos los Gobiernos de la Península se hallan de acuerdo con él, todos habian suministrado su contingente para la guerra, y todos han probado tambien que la independencia de Italia era el voto de todos los italianos.

«El Gobierno sardo, el primero que emprendió la guerra, no consultando sino el derecho y el voto de la nacion, ha contraido el deber mas riguroso de continuarla, principalmente desde que la fusion de las provincias lombardo-venecianas y de los ducados con los Estados sardos, fusion unánimemente deseada por las poblaciones, le impuso el deber de defender y libertar á los países que eran teatro de la guerra. Secundado con nobles esfuerzos y por inmensos sacrificios, despues de obtener las primeras victorias en el campo de batalla, quedó solo en un terreno donde las pasiones poco nobles habian sembrado ya la discordia. Llegaron dias de desastres; y la Cerdeña, abandonada por la fortuna, tuvo que ceder á las circunstancias. Entonces se concluyó el armisticio entre los dos ejércitos.

«Francia, á la cual el Gobierno sardo habia pedido los socorros prometidos á los pueblos que deseaban reconquistar su nacionalidad, propuso á su vez una mediacion de acuerdo con Inglaterra; mas apenas la Cerdeña por deferencia á estas dos grandes potencias y por amor á la paz, hubo aceptado la mediacion, el Austria empezó á manifestar que no tenia un deseo sincero de que se hiciese un arreglo honroso, y que solo queria aprovechar el armisticio y la mediacion para restablecer sus fuerzas y poder reconstituir su imperio desorganizado. Este era el verdadero pensamiento de la política de Austria desde el 9 de agosto en adelante; este fue el motivo de todas las tergiversaciones patentes ó simuladas con las cuales se burla hace mas de siete meses de la buena fe de Cerdeña y de las potencias mediadoras.

«Austria ha violado de varios modos las estipulaciones expresas del armisticio y la condicion internacional de los países que solo debia ocupar militarmente con arreglo á los artículos del armisticio y al sentido mas natural de la mediacion. Las ha violado reteniendo el parque del sitio de Peschiera, so pretexto de que las tropas sardas no habian salido de Venecia, pero en realidad con objeto de impedir que Cerdeña volviese á empezar la guerra. Las ha violado bloqueando á Venecia por mar y tierra, aunque esta ciudad sancionó la suspension de las hostilidades. Las ha violado restableciendo en el poder al duque de Módena, y dictando actos gubernamentales en las provincias lombardo-venecianas y en los ducados. Las ha violado imponiendo exorbitantes contribuciones de guerra á los refugiados, dictadas por la cólera y el odio, y dando á los emigrados la órden de volver en un plazo fijo á sus hogares, so pena de confiscacion de bienes. Las ha violado con su decreto de 5 de enero de 1849, en el cual el comisario imperial mandaba se enviasen diputados á Viena para la reorganizacion de las provincias lombardo-venecianas. Las ha violado con todas esas leyes arbitrarias, con esas protestas péfidas con que quiere persuadir á todos que la revolucion se ha ahogado completamente en las provincias que ocupa, y que en ellas solo reina una viva simpatía por el antiguo órden de cosas. Las ha violado hollando los derechos eternos que rigen á todas las sociedades, y permitiendo al feld-mariscal, comandante en

jefe, y á sus tenientes en los países ocupados militarmente, recurrir á la fuerza bruta, á la rapiña y á las medidas insolentes que agotan la paciencia de los hombres mas sufridos.

«La Europa oyó horrorizada la relacion de estos hechos, y preguntó cómo podian cometerse tan grandes excesos en la época actual por un Gobierno que se suponía colocado á la altura de las ideas de nuestro siglo.

«En semejante estado de cosas el Gobierno sardo debió examinar seriamente su posicion bajo el punto de vista del derecho y de los hechos de sus relaciones con las potencias mediadoras, y del estado general de Italia, para deliberar sobre el partido que su honor y sus títulos mas legítimos le debian aconsejar que adoptase. Por una parte examinó su derecho y sus deberes de defender á los pueblos que se habian unido á los de los Estados sardos y sus votos unánimes en favor de la independencia italiana; por otra parte consideró todas las persecuciones sufridas desde el 9 de agosto por las poblaciones lombardo-venecianas y de los ducados, y los sacrificios inmensos hechos por el Estado durante este período, que han hecho pesar sobre él todos los gastos de la guerra sin proporcionarle ventajas ni esperanzas. Sobre todo tomó en consideracion las manifestaciones espontáneas de las poblaciones que le pedian que sacase al país de la incertidumbre y mantuviese la proclamada union de los pueblos lombardo-venecianos y de los ducados con Cerdeña.

«El Gobierno sardo reconoció tambien que sus miramientos pará con las potencias mediadoras no podian llegar hasta el punto de imponer á Cerdeña el sacrificio de su honor y de su salvacion, y está persuadido de que la sabiduría de estos Gobiernos y la generosidad de sus países habrán conocido que la obra amistosa de la mediacion no podia ser considerada por Cerdeña sino como un beneficio aunque de ningun efecto; de otro modo esa mediacion no habria sido un mérito por su parte, ni un título al reconocimiento de la Cerdeña.

«El Gobierno sardo ha creído que no habiendo el Austria adoptado ninguna base de mediacion, y habiendo declarado en actos públicos y oficiales que no queria ceder en nada de lo establecido en los tratados de 1815, ni renunciar á ninguna parte de los países poseidos por ella en virtud de dichos tratados, faltaba evidentemente al objeto de la mediacion. Ha pensado que si Francia é Inglaterra toleraron que Austria hiciese tan poco caso de la mediacion, no podrian tampoco ofenderse si Cerdeña adoptaba el partido de volver al estado en que se hallaba antes de la intervencion amistosa de ambas potencias, principalmente si se tiene presente que durante todo este tiempo se mostró constantemente leal.

«Ha creído, por último, que Francia é Inglaterra, y todas las naciones civilizadas, no desconocerán lo noble y generoso que es para un Gobierno y para un pueblo arrostrar los peligros de la guerra contra uno de los Estados mas poderosos del mundo con objeto de reconquistar la independencia nacional, y libertar á una parte de sus hermanos de la cruel opresion.

«Después de haber considerado todas las eventualidades, y de haber examinado las causas lejanas y próximas de los últimos sucesos, el Gobierno sardo queda completamente convencido de que salir de la situacion actual no es menos necesario para la alta Italia que para toda la Península, y que obrar de otro modo seria exponer á graves peligros las condiciones mas esenciales del órden político y social.

«En vista de estas consideraciones, el Gobierno sardo ha conocido que no le quedaba otro partido que adoptar sino el de la guerra, y lo ha adoptado.

«Después de tantas y tan flagrantes violaciones del armisticio cometidas por el Austria, la Cerdeña, cuyos poderes constituidos no han reconocido ni ratificado este armisticio, tenia derecho á prescindir de la formalidad de denunciarlo. Pero ha renunciado á este derecho, queriendo demostrar hasta el fin su respeto por las costumbres reconocidas como inviolables entre las naciones civilizadas.

«El 12 de este mes el Gobierno sardo ha denunciado al Austria la conclusion del armisticio.

«La Europa juzgará entre ambos Gobiernos. La Europa dirá si por una parte se podia llevar mas léjos el respeto por un contrato impuesto por las circunstancias, la paciencia y la longanimidad, y por la otra la violencia, las infracciones y el insulto. La Europa no rehusará sus simpatías, en la lucha que va á empezar, á la parte que va á combatir por los derechos imprescriptibles de los pueblos, y por la santa causa de la humanidad.

«El Gobierno sardo toma como testigos de la justicia de su causa á todas las naciones civilizadas; apela á las altas potencias que ya le han prestado generosamente sus buenos oficios; apela á todos los pueblos que antes y ahora han combatido ó combaten todavía por la independencia y saben lo amarga que es su falta, lo difícil que es su conquista; apela á la misma Alemania, cuyas relaciones de idioma, de vecindad y de costumbres con el Austria no deben hacer olvidar lo hostil que se muestra esta potencia á la recomposicion de una fuerte nacionalidad alemana. Apela por último, y con mas ardor y confianza, á las poblaciones de la Península itálica, que, á pesar de las faltas y de los errores de los siglos pasados, se hallan todas siempre unidas por los recuerdos, por los sentimientos, por las esperanzas y por el corazon.

«La guerra de la independencia nacional vuelve á inaugurarse. Si no empieza con auspicios tan favorables como el año pasado, la causa es siempre la misma. Esta causa es santa como el derecho que tienen todos los pueblos de poseer el territorio en que Dios les ha colocado; es grande como el nombre y los recuerdos de Italia. Los votos de Italia nos acompañarán á esos campos de batalla donde el ejército subalpino, con su rey magnánimo y con los valientes hijos de este mismo rey, dió pruebas tan grandes de valor, de constancia y de intrepidez; donde nuestros hermanos de Lombardía, de Venecia y de los ducados sufrieron durante siete meses los ultrajes mas crueles, las mas indignas vejaciones.

«Sí, tenemos la noble confianza de que vengaremos los dolores de la patria, de que libertaremos toda la porcion de la Italia que sufre el yugo del extranjero, de que emanciparemos á la heroica Venecia, y de que aseguraremos para siempre la independencia italiana.»

No deseaba otra cosa el Austria que el imprudente paso dado por el Rey del Piamonte. El general Radetzki lo notificó á sus tropas en la proclama que sigue:

«¡Soldados! Se han cumplido vuestros mas ardientes votos; el enemigo nos ha denunciado el armisticio. Por segunda vez extiende la mano sobre la corona de Italia; pero debe saber que seis meses no han alterado en nada vuestro valor y vuestra fidelidad hácia vuestro emperador y rey. Cuando salisteis de las puertas de Verona, y marchando de victoria en victoria arrojásteis al ene-

migo á sus fronteras, le concedísteis generosamente un armisticio. Pero al mismo tiempo que él simulaba hacer proposiciones pacíficas, se preparaba para la guerra.

«Pues bien, nosotros tambien estamos preparados, y la paz que generosamente le ofrecíamos la obtendremos por la fuerza en su capital.

«¡Soldados! la lucha no será larga; es contra el mismo enemigo á quien habeis derrotado en Santa Lucía.

«Dios está con nosotros, porque nuestra causa es justa: alerta, soldados; seguid por segunda vez, seguid á vuestro jefe encanecido en el servicio de las armas; seguidle á la guerra y á la victoria. Yo seré testigo de vuestras hazañas. Será el último y mas placentero acto de mi prolongada vida de soldado, si en la capital de un enemigo desleal puedo condecorar el pecho de mis valientes camaradas con la insignia de su valor conquistada con la sangre y la gloria.

«¡Adelante, soldados! ¡ Á Turin! Sea esta nuestra palabra de orden; en ella encontraremos la paz por la cual combatimos. ¡ Viva el emperador! ¡ Viva la patria! —Radetzki.»

El ejército piemontés carecia de la organizacion y de la disciplina necesarias para emprender una guerra seria. Las máximas de la demagogia mas exagerada eran semillas de constante insubordinacion en las filas de unos soldados procedentes de todas las regiones de la Italia. Las derrotas anteriormente sufridas fomentaban mas bien el temor que la confianza, sobre todo teniendo que combatir un ejército al mando de uno de los mas ilustres y famosos capitanes.

Radetzki habia meditado fria y sosegadamente el plan de sus operaciones. El 21 de marzo los austríacos y piemonteses se avistaron en Montara, donde en noble y sostenida lid las águilas del imperio alcanzaron la importante victoria, preludio de la definitiva de Novara.

El 23 tuvo lugar la accion definitiva; los piemonteses comprendian que estaban jugando la partida que iba á decidir por muchos años la suerte de su nacion, y esta idea les hizo en algunos actos arrojados hasta el heroismo; despues de escenas memorables en las que el rey y sus hijos dieron pruebas de casi legendario valor, la toma de la *Bicocca* por los imperialistas resolvió el litigio empeñado.

La figura de Carlos Alberto, segun afirman los historiadores de todas las opiniones, tomó en aquella batalla proporciones colosales. Era un leon que imponia respeto á sus mas decididos adversarios, y que, convencido ya de la imposibilidad de vencer, solo aspiraba á morir.

El general Santiago Durando le asió del brazo para apartarle del inminente peligro: «Dejadme, exclamó el Monarca; este ha de ser mi último dia, quiero caer aquí; despues de esta jornada la vida ha de serme insoportable.» Con mucha dificultad sus mas leales servidores lograron apartarle del lugar del peligro.

Llegado á los muros de Novara, teniendo al lado á sus dos hijos los duques de Saboya y de Génova, dirigióse á sus ayudantes de campo, al ministro Cordona y al general en jefe del ejército, diciéndoles: «No soy ya rey; mi hijo es vuestro soberano; en él abdicó; mi mision está concluida.»

Dió gracias á los que le habian servido con celo y constancia, y añadió: «Iré lejos, tan lejos como pueda de mi patria á buscar mi sepulcro; puesto que

no he podido libertar á la Italia, me marcharé á extraña tierra: llegue á ser mi hijo mas venturoso que yo en el trono.»

En vano los circunstantes enternecidos le suplicaban desistiese de su grave propósito. Cárlos Alberto partió á media noche, sin mas compañía que un fiel criado, escogiendo á Oporto, situada en la playa de Portugal mas distante del suelo italiano, donde á no tardar exhaló su último suspiro.

La conducta de Cárlos Alberto fue severa aunque exactamente expuesta y juzgada por Radetzki en un manifiesto dirigido á las tropas en el acto de reanudar las operaciones militares con el Piamonte. Tambien merece ser conocido aquel documento que llevaba la fecha del 16 de marzo de 1849.

«En el momento en que voy á sacar otra vez la espada para defender los derechos del emperador mi amo y mantener la integridad de la monarquía, debo á mi valiente ejército y á la santidad de la causa que defiendo una explicacion sobre la conducta de mi adversario y la mia. El poder de una causa justa es grande; en esto fundo mi esperanza, y no temo dejar á los contemporáneos y á la posteridad el cuidado de decir si la razon está de parte del emperador, ó del rey de Cerdeña. La posesion de Italia es su objeto constante. Mientras que en sus notas diplomáticas se leian expresiones hipócritas de amistosa y buena vecindad, las columnas de su ejército pasaban el Tessino y penetraban en Lombardía. Olvidando los lazos de parentesco que unen su casa á la casa imperial, olvidando que la casa de Saboya debe al Austria la conservacion de su corona, violando la santidad de todos los tratados y despreciando las leyes que aun los pueblos bárbaros respetan, se ha arrojado con su ejército sobre nuestro territorio, como el ladron que espera el momento de ausencia del dueño para cometer impunemente el robo.

«El origen de esta guerra es conocido. Bajo la proteccion de varios Gobiernos de Italia se habia formado una sociedad con el visible objeto de realizar la unidad de Italia destruyendo la dominacion austríaca. Sin la expulsion de los austríacos de los llanos de Lombardía, no era posible realizar este proyecto. Los que conocen la Italia, su historia, el origen de sus Estados y de su constitucion, sus poblaciones y su carácter, podrán convencerse de que los jefes de este movimiento, que tan de cerca amenazaba á los Gobiernos, no podian creer en la realizacion de la unidad italiana. Su primer pensamiento era la ruina de todo Gobierno legal, y del Austria en particular, para que despues naciese de la sangre y de las ruinas una república roja.

«En esta comedia política se habia dado á Cárlos Alberto el principal papel; se contaba con su ejército, con sus instintos belicosos, y con los recursos que podia ofrecer al movimiento proyectado. La concentracion de mis fuerzas en mis recursos militares fue considerada por Cárlos Alberto como una falta, como el abandono de Lombardía. ¡Grave error! Entonces poseia medios suficientes para hacer que Milan se arrepintiese de su rebelion, pero no hice uso de ellos. Sabia que la solucion de la cuestion no dependia de la destruccion de una ciudad que por otra parte queria conservar á mi emperador y amo. Cárlos Alberto cruzó como en triunfo la Lombardía sin hallar resistencia, creyéndose ya dueño del país, porque ignoraba la diferencia que hay entre ocupar y conservar. Solo en el Mincio encontró al ejército imperial.

«Allí terminó su marcha, pues fue derrotado, y tuvo que cruzar de nuevo la Lombardía, huyendo con mas rapidez que cuando entró triunfante. Delante de Milan quiso resistir á mi ejército victorioso; entonces me hubiera sido

fácil hacerle rendir las armas, porque mi ejército era dueño de sus comunicaciones, y en dos dias se habria podido cortar al enemigo la retirada de esta ciudad.

«La vanguardia del ejército enemigo se hallaba desorganizada. Estaba seguro de que no hallaria obstáculos en mi marcha; sin embargo, concedí un armisticio á mi adversario. Permití que todos los que se habian comprometido saliesen de Milan; los habitantes de Milan no esperaban ser tratados con tanta indulgencia; pero, usando de esta moderacion, creí que obraba con arreglo á los deseos del Gobierno de mi emperador y soberano. Yo sabia que Austria queria defender su buen derecho y rechazar un ataque desleal, sin hacer conquistas ni motivar una guerra general en Europa, y por esta razon me detuve á las orillas del Tessino. Cuando Carlos Alberto se repuso de sus anteriores reveses y reorganizó de nuevo sus fuerzas, volvió á adoptar su antiguo sistema de intrigas, y alegando sutiles é indignos pretextos, se negó á evacuar á Venecia y no ejecutó el artículo 4.º del armisticio.

«Me ví por lo tanto obligado á usar de represalias y á retener el parque de artillería de sitio que estaba en Peschiera, hasta que las tropas y la escuadra piamontesas abandonasen la ciudad de Venecia y el mar Adriático. La escuadra abandonó las aguas de Venecia, pero no volvió á los puertos de los Estados sardos, con arreglo al artículo 4.º del armisticio, sino á Ancona, donde continuó favoreciendo la insurreccion de Venecia. Carlos Alberto se consideraba siempre como el dueño absoluto de la Lombardia, y formó con los fugitivos lombardos un Consejo de Gobierno, el cual expidió decretos como si fuese el Gobierno legítimo del país. Imprimíanse en el cuartel general del Rey los boletines mas mentirosos y mas absurdos, y despues se difundian en toda la Lombardia para propagar y mantener en el pueblo la agitacion y la ceguedad. Los agentes malvados de las provincias sublevadas del imperio eran tratados por el Rey y sus Cámaras como si fuesen enviados de potencias amigas. Estos hombres repartian proclamas incendiarias á mis soldados, incitándoles á la deserccion. Estos infames reclutadores y los desertores hacian un papel importante en el cuartel general del Rey.

«Si yo hubiera podido prever que la dignidad real se habia de envilecer de este modo en la persona de Carlos Alberto, no le habria ahorrado la vergüenza de hacerlo prisionero en Milan; nunca habria olvidado que entre la dignidad y la persona existe una gran diferencia. Los acontecimientos políticos han sido causa de que el armisticio se prolongue mas de lo que se habia pensado en el momento de su conclusion. El Piamonte aprovechó este tiempo para hacer grandes preparativos de guerra. En una palabra, el armisticio ha sido un engaño, á pesar de que el Rey protestó de sus intenciones pacíficas al tiempo de pedirlo. El Rey no habia olvidado la pérdida de la corona de hierro, de la cual se creia ya poseedor, y no podia resistir á la idea de verse tan rápidamente privado de la fama de gran capitán á que aspiraba.

«Los hombres moderados, los patriotas experimentados, los súbditos adictos á la dinastía fueron alejados del Gabinete, y en su lugar fueron llamados los republicanos mas exaltados, los hombres mas ignorantes y fanáticos, y algunos milaneses intrigantes. Estos hombres aconsejaron al Rey la adopcion de medidas extremas y ruinosas; de suerte que este Rey, digno de compasion, comprometió la prosperidad de sus provincias hereditarias y la existencia de su propia dinastía.

«La casa de Saboya, con una conducta política poco honrada, ha aprovechado siempre las ocasiones de hallarse ocupada Austria en graves luchas, como sucedió en la guerra de sucesion austríaca, para adquirir alguna parte de la Lombardía. Pero Carlos Alberto es el primero que ha aspirado á la posesion de todo el reino. ¿En qué derechos funda su pretension? En ninguno. Austria posee la Lombardía en virtud de los mismos tratados que dieron á la casa de Saboya el título y la propiedad de la isla de Cerdeña. ¿Se funda en el derecho de conquista? Carlos Alberto nunca ha conquistado la Lombardía. Ha escogido el momento de hallarse el país desguarnecido de tropas para hacer una irrupcion desleal, pero tambien ha sido vergonzosamente rechazado. ¿Seria en el derecho de la libre eleccion del pueblo, de la llamada fusion? Esa fusion no es mas que un acto de rebelion, un acto arrancado ilegalmente y con violencia á un partido; un acto del cual las tres cuartas partes de la poblacion no han tenido conocimiento alguno ni la menor idea.

«Carlos Alberto nunca ha gozado de las simpatías de la Lombardía, ni en la actualidad los goza. Los mismos generales lo declaran. Se habia contado con su ejército, con su ayuda; de aquí los cálculos hechos únicamente para satisfaccion de la vanidad. Cuando el ejército fue batido y derrotado, las simpatías han degenerado en odio y en los mas indignos tratamientos.

«Al que quiera conocer el amor de los lombardos á Carlos Alberto le diremos: «Visitad el palacio de Greppi en Milan, y allí encontraréis las huellas de ese amor en los agujeros que han acribillado la habitacion que ocupaba aquel monarca.» Y añadiremos: Ha huido vergonzosamente, por la noche, de la capital de sus fieles aliados lombardos: un rey tan despreciado no puede ser un rey de la eleccion del pueblo. Nunca rey alguno fue tan indignamente tratado como Carlos Alberto por los milaneses. ¿Cómo puede haber existido, cómo podrá haber todavía lazo alguno de afecto y amistad entre Carlos Alberto y los lombardos? Ambas partes se engañan, y cuando el temido austríaco sea vencido, estos dos aliados esperan deshacerse fácilmente el uno del otro.

«Carlos Alberto trabaja en la ruina de su trono y de su dinastía, como si fuera el principal agente de Mazzini; habiendo sido el mas absoluto de los Monarcas, creyó consolidar su trono adoptando una política vulgar y rastrea. La honradez y la justicia son virtudes sin las cuales nunca un monarca podrá ser digno ni respetado. No hay ejemplo en la historia de que los tronos se hayan consolidado por la deslealtad y el perjurio; y Carlos Alberto no tendrá muy seguro el suyo, despues de haberlo minado por el espíritu de conquista y por una ambicion desmesurada. Confando en la justicia de nuestra causa y en la bravura de mi ejército, voy derecho contra el enemigo. Ya que nuestra moderacion en la victoria no ha podido mantener la paz, decida por segunda vez la espada. La posesion de Turin hará quizá mas fáciles las negociaciones para la paz.—Radetzki.»

Los acontecimientos de Novara lanzaron al Piamonte en un periodo de verdadera disolucion social. En Génova fue proclamada momentáneamente la república.

El duque de Saboya, Víctor Manuel, empuñó el cetro, oscurecido por la derrota, en medio de la tempestad de sus súbditos, y con la fatal prevencion que contra él hacia nacer en la opinion pública el rumor creciente en el campamento de que en la conviccion de que si la batalla se perdía fuera él inmediatamente coronado, se habia puesto desde la víspera en relaciones con Ra-

detzki; rumor que no contradecía por cierto la favorable actitud y generosidad con que el general austríaco trató al recién entronizado, mancha política en la historia del actual invasor de Roma que no han desvanecido los calculados y maquiavélicos manejos de su reinado.

Es imposible describir la confusión que reinaba en Turin en aquel triste período para la Italia. La demagogia, que había explotado la ductilidad y ambición del rey de Cerdeña, achacaba á la monarquía la responsabilidad de los desastres nacionales, y proclamaba sin embozo que solo con los desechos del trono podía levantarse el edificio de la unidad patria.

Pasemos á

TOSCANA.

Aquel tranquilo y apacible ducado, regido por uno de los más populares magnates, sintió las agitaciones de la pasión demagógica al impulso de las máximas de Guerazzi, célebre novelista, cuyos fogosos escritos enardecían la sangre ardiente de la juventud. En Liorna estalló el primer motin en demanda del armamento de la guardia cívica y de la libertad de imprenta. Aunque sofocado por de pronto aquel prematuro movimiento, la corriente de la opinión llevó el gérmen de próximas sublevaciones, cuya bandera fue atendida con la Constitución otorgada en 18 de febrero de 1848.

Á consecuencia de aquella Constitución, el gran duque Leopoldo concedió una amplia amnistía. Guerazzi y Montanelli reconquistaron la libertad de acción, y prosiguieron públicamente sus trabajos revolucionarios.

Leopoldo había dado á su pueblo repetidos testimonios de un espíritu susceptible de doblarse al impulso agradable del aura popular. Por condescender á las reclamaciones de la opinión consintió en borrar de sus títulos el de «alteza imperial de Austria,» bien que los demagogos, no apreciando todo el valor de este sacrificio, y solo recordando los rasgos de su dignidad, estampaban para indisponerle ante su pueblo este juicio malicioso: «Á nuestro gran Duque solo le falta la sotana para ser todo un jesuita.»

En setiembre de 1848 una nueva revolución estalló en Liorna, cuartel general de todos los insurrectos de la Península; Montanelli fue reclamado como gobernador de la ciudad, y el gran Duque consintió en acceder á aquella imposición de las masas, confiando que el natural agradecimiento volvería respetuoso al tribuno.

Empero Montanelli proclamó la necesidad de la *Constituyente italiana*, y Garibaldi, que había acudido con sus huestes á Liorna, le victoreaba con frenesí desdeñando á Leopoldo.

El Ministerio ducal, presidido por Laponi, se retira; la Asamblea constitucional es disuelta; el soberano queda reducido á la impotencia, y es convocado el sufragio universal, de cuyos votos debía salir una Constituyente que había de reunirse en Roma para deliberar, junto con la romana y las por otros países nombradas, sobre el porvenir de la patria.

Mazzini era el verdadero monarca de Toscana, el ídolo de Florencia, la ciudad que en el siglo XVI llevó su piedad al extremo de nombrar á JESUCRISTO *rey de los florentinos*.

Las elecciones se verificaron bajo la presión del tumulto y de las amenazas.

Liorna, que desde el origen de la revolución tenía la iniciativa del movi-

miento, se queja de la lentitud de la capital; reúne sus fuerzas turbulentas, y amenaza invadir á Florencia y dictar la ley desde el palacio Pitti.

El gran Duque, conocedor de las conspiraciones que se tramaban contra su trono y contra su vida, se retira á Sienna, donde recibe las manifestaciones del mas puro cariño de sus súbditos; Florencia le declara fugitivo, y cuando sabe que abandonando á Sienna se ha dirigido á *San Stephano* declara llegada la hora de la emancipacion.

Reclaman las turbas inspiradas por Guerazzi y Montanelli la proclamacion de un Gobierno provisional compuesto de aquellos dos agitadores con Mozconi.

Las Cámaras acceden á los gritos populares, y el triunvirato se apresura á exhibirse al pueblo. La ovacion fue estrepitosa.

La sociedad toscana se hallaba fundamentalmente desquiciada; por doquiera aparecian infames caricaturas del Duque, hasta entonces idolatrado, y en las mas públicas esquinas se leia el siguiente pasquin escrito en grandes caracteres: «En nombre de Dios y del país,

«Considerando que el poder del Papa es una usurpacion fraudulenta que pide á gritos venganza,

«Considerando que el Pontífice actual ha dado la santa Comunion al infame asesino Borbon de Nápoles,

«SEA LANZADO ANATEMA AL PAPA PIO IX.»

Bajo estos auspicios comenzó el año 1849.

Mientras la bandera tricolor se enarbolaba en los mas eminentes puntos del ducado, los escudos de armas de Nápoles y de Austria eran arrojados á la hoguera, y derribadas las estatuas de Leopoldo.

Montanelli convocó entonces una doble eleccion; eleccion para la Constituyente italiana general, eleccion para la Constituyente particular toscana.

Ningun pueblo dió jamás pruebas tan manifiestas como aquel de no desear ni querer la revolucion. El retraimiento fue casi general, y cuando, á consecuencia de ciertos conatos de reaccion, el triunvirato creyó llegada la hora de publicar la ley marcial, condenando á muerte, á las veinte y cuatro horas de ser cogido cualquier reaccionario, una sola persona se prestó á formar parte del tribunal, por lo que no pudo cumplirse la ley.

Entablóse sorda lucha entre los diversos caudillos de la revolucion toscana; Guerazzi pretendia establecer un orden de cosas muy diverso del que venia intentado en los programas de Montanelli y de Mazzini; hervian en el país elementos heterogéneos con los cuales era imposible establecer la paz.

Empero el partido republicano, á los pocos meses de haberse puesto en cuestion la autoridad ducal, fue el que reunió bajo de sus banderas mayor número de prosélitos. Las masas no comprenden las sutilezas doctrinarias. Creen ó niegan. Si se les inclina á la autoridad, la acatan con temor y la obedecen á ciegas; porque, si bien no en términos científicos, sin duda alguna por providencial instinto saben interiormente definir la extensa naturaleza del poder. Si se les inclina á la negacion de la autoridad, descienden luego, inmediatamente, á la última consecuencia, y rechazan todo simulacro de ella. Las monarquías, fruto de una transaccion de principios, no les satisfacen ni imponen; el pueblo tiende á la sumision absoluta ó á la libertad absoluta, á la monarquía vigorosa ó á la república laxa.

Mazzini se opuso enérgicamente á la confederacion de príncipes de Italia:

personificando él los intereses y las tendencias de las masas, no quería la Italia de los príncipes, sino la Italia de los pueblos; pretendía abolir hasta el resto de la perspectiva de autoridad que resultara de la conservación de la soberanía, aunque modificada.

De ahí que, al verse huérfana del gran Duque, la Toscana, ó á lo menos las grandes aglomeraciones de toscanos, se inclinaron á la república.

Liorna, sobre todo, se puso al frente del movimiento democrático; el día 17 de febrero de 1849 la república fue proclamada en aquella ciudad, aunque en Florencia, gracias á las precauciones de Guerazzi, que se hizo nombrar por las Cámaras jefe del Poder ejecutivo, no pudo verificarse la anhelada proclamación.

Tarea difícil es describir las escenas de desórden y los terribles atropellos de que fue teatro aquel país que habia sido hasta entonces uno de los mas pacíficos del mundo.

El insulto, la acometida, el asesinato eran hechos cotidianos; apenas consumado un tumulto empezábase á formular el programa de otro, bien así como tras una tempestad anuncian la de la mañana siguiente las rojas nubes que quedan en la atmósfera revolviéndose.

La verdadera opinion pública se hallaba profundamente disgustada; veía á la vez atropelladas sus tradiciones religiosas, paralizada la industria, en peligro las existencias; por otra parte, los que derruyeron la silla ducal no habian tenido fuerza ni talento para sustituirla definitivamente.

El disgusto de las clases acomodadas del pueblo, de la aristocracia y del clero no tardó en dar sus frutos.

Una sangrienta lucha se trabó en las calles de Florencia entre la guardia nacional y un puñado de liorneses, voluntarios de la libertad, de estos que acostumbra á prodigar á su diosa violentos sacrificios. Guerazzi los llamó para que, apareciendo rodeado de ellos, tuviese un título al respeto de todos los malvados. Resultado de aquel combate fue la saludable reaccion de las masas, alentadas ya con el ejemplo de los magnates.

Guerazzi, reconociendo ser utópica la idea de conservar la anómala é indefinible situación toscana, optó por negociar secreta—y bien podemos añadir, traídoramente—con los agentes del gran Duque. Teniendo en sus manos las dos causas de la política toscana, negociando con los revolucionarios y con los ducales, aguardaba á pronunciarse la hora en que hubiese pasado todo compromiso.

Á mediados de abril de 1849 el pueblo florentino se levantó como un solo hombre para reclamar la reposición del duque Leopoldo, y con él restablecer el antiguo órden de cosas. El conde Digny se puso al frente del movimiento restaurador, que fue secundado por el baron Ricasoli, Caponi, Capoquachi, Torrigiani y otros, los que sintiéndose, y con razón, bastante fuertes para dar el triunfo al gran Duque, desdeñando los servicios ofrecidos por el venal Guerazzi, efectuaron el pronunciamiento sin contar por nada con el jefe del Gobierno provisional.

Al verse desdeñado el pérfido Guerazzi trató de hacer viva resistencia á la entronización de su antiguo Príncipe; convocó la Cámara en el *Palacio viejo*, aunque su convocatoria solo fue secundada por una docena de diputados, á los que propuso un acto de acusación contra el Ayuntamiento de Florencia, del que habia partido la iniciativa de la restauración.

Mas hé ahí que, mientras la acusacion se formulaba, el conde Digny penetró en el salon de sesiones, y con arrojo heróico increpó de esta manera á los allí deliberantes: «Vosotros estais decretando un acto de acusacion contra nosotros, y cabalmente yo vengo á declararos de parte del Ayuntamiento que estais perdidos. Cambiad al punto de bandera, ó de lo contrario creed en peligro vuestra existencia, ó sino abrid estas ventanas y ved.»

En efecto, los diputados se asomaron, mientras él proseguia: «¿Veis esa inmensa muchedumbre? pues está llamando á su Soberano. ¿Oís estos clamores? Todos os acusan.»

Corto fue el combate y completo el triunfo de los partidarios del gran Duque.

Aquel dia fue el último del nombre y del poder de Guerazzi, cuya voluntad se impuso tiránicamente al pueblo florentino, y cuyo absolutismo despótico no pudo sufrir la infeliz Toscana.

El conato de defensa que intentó la ciudad de Liorna no tuvo importancia ninguna.

En el entre tanto los fieles servidores de Leopoldo nombraron una comision respetable de distinguidos varones que fuéran á notificarle que su autoridad era obedecida de nuevo por su pueblo.

El gran Duque no habia encontrado un lugar mas á propósito para consolarse en la profunda pena que le causara la ingratitude de los suyos, como el que estaba santificado por la sombra del santo expatriado Pro IX. Leopoldo estaba retirado en Gaeta meditando serenamente las vicisitudes políticas de su reinado, que en verdad habian sido muchas, y aprendiendo la práctica de la resignacion cristiana en la admirable conducta del Sumo Pontífice, modelo agosto de conformidad á las disposiciones de la Providencia.

La obra de Guerazzi estaba arruinada, desvanecida la de Montanelli y Mozzoni.

El gran duque fue recibido con verdaderos transportes de entusiasmo. Los meses de anarquía transcurridos no consiguieron desarraigar los hábitos de respeto á la autoridad, que en aquel país tenian echadas fuertes y profundas raíces (1).

Las manifestaciones populares á favor del príncipe eran tanto mas sinceras en cuanto el corto reinado de los revolucionarios habia sido sumamente costoso á los intereses del Estado, sin que sus insoportables sacrificios produ-

(1) Cuenta un historiador de los acontecimientos de aquellos dias una anécdota que prueba el respeto que infundian á los toscanos los mandatos de sus príncipes.

Cuando la gran Duquesa partió para reunirse á su fugitivo esposo en Santo Stephano, acompañada de sus hijos y familia, del general Sproni, de las condesas Pelagi y Bradi y de Mr. Prebost de Saint-Marc, recorrió el camino de Orbitello, en las afueras de cuya ciudad encontró una muchedumbre instigada por secretos agentes, que clamaban: «Queremos que la Duquesa se pare aquí.»

S. A. empezó á suplicarles cariñosamente dejaran de crearle obstáculos á su marcha; todo en vano, el pueblo persistia en detenerla; á las súplicas de la ilustre fugitiva se oponian ya intimaciones y amenazas.

De repente brilla en la Duquesa una chispa de genio, y levantándose de su asiento, puesta en pié en medio de su carroza, con arrogante aire y soberano acento exclamó: «Atrás, quiero pasar; ya no suplico, mando.»

«Tiene razon, exclamó la muchedumbre, que pase.»

Tan cierto es que el soberano que de veras quiere pasar no es detenido en el sendero; empero la primera condicion para no ser detenido es no dejar de ser soberano.

jeran ni á la moral, ni á la industria, ni al comercio, ni á las artes ventaja alguna (1).

El Piamonte y la Toscana habian ya caido, como acabamos de ver, antes de la intervencion europea en los asuntos de Roma.

NÁPOLES Y SICILIA.

El reino de Nápoles veia pujante su hacienda y en el camino de rápido progreso su industria. Bajo la égida de un soberano, amigo verdadero de su patria, los napolitanos disfrutaban en paz las prerogativas que el cielo benéfico les otorgó. Desde el arreglo europeo establecido sobre la caída de Napoleón, no habia sufrido ningun grave trastorno el reino de las Dos Sicilias.

Las sociedades secretas hubieron de trabajar con suma cautela para conseguir que fecundara la semilla de la insurreccion en una tierra en donde el pueblo, satisfecho con la providencial ley del trabajo, solo aspiraba á disfrutar tranquilamente de las delicias de la allí tan próspera naturaleza.

Sin embargo, sobre el año 1844 empezaron á traslucirse los frutos de la secreta propaganda. El cetro de *la Italia entera* fue ofrecido á Fernando II por una comision de agentes de *La jóven Italia*. El apoyo de un Monarca inteligente y querido era de incalculable valor para la causa revolucionaria; así es que los clubs se manifestaron generosos en alto grado con Fernando.

(1) Hé ahí el resumen de una parte de las inmensas cantidades derrochadas por los que se confirieron á sí propios la mision de redimir la Toscana:

Por gratificaciones dadas á los amotinadores en los ciento sesenta y ocho dias del régimen provisional.	748,000 rs.
Á Nicolini, en 8 de enero de 1849 y 13 de febrero siguiente, para gastos secretos.	12,000
Á La Cecilia, enviado á París á trabajar en la propaganda.	4,000
Á Luis Barbanera, para gastos secretos.	160
Á Andrés Romeo, enviado á Turin á la propaganda.	11,200
Á Bautista Maggini, sacerdote que andaba de mision por las provincias, y fue fusilado en Liorna (en marzo y por un mes).	600
Al coronel Forbes, guerrillero al principio en Sicilia y luego oficial de Garibaldi (en marzo de 1849).	2,400
Á Enrique Redi, cabeza de motin.	600
Á Clemente Busi, para gastos secretos (en 27 de noviembre de 1848).	2,000
Al Dr. Carlos Pigly, gobernador de Liorna, para pagar á veinte ciudadanos armados y encargados de vigilar á todos los sospechosos de estar en relaciones con el gran Duque (en 17 de febrero de 1849).	2,000
Al secretario del mismo gobernador, para gastos menudos.	12,000
Al comandante de batallon Petrachi, que habia sido cartero, para pagar los sueldos de su columna armada.	7,500
Al comandante de batallon Guarducci, para gastos de los voluntarios que salieron armados para Reggio á insurreccionar aquel país (en 24 de febrero de 1849).	15,000
Al Dr. Pigly, gobernador, para un negocio importante (en 28 de febrero).	100,000
Al secretario del mismo, para la ejecucion de las órdenes presentes (en 1.º de marzo).	100,000
Á la casa de Adami, de Liorna, para sostener la república.	6,096,755
Nótese que quien daba la orden de pago á la casa de Adami, del comercio de Liorna, era el ministro de Hacienda Adami.	
Á Luis Frappoli, coronel improvisado, enviado á París á la propaganda revolucionaria, y diputado en Roma y Turin á un mismo tiempo.	800,000
Á Montanelli, en oro y letras de cambio sobre París, para sus necesidades particulares.	80,000
En cuanto al ministro de Negocios extranjeros Mordini, como presentia su derrota, habia mandado á París para sus gastos personales.	2,000,000

Empero cristiano de corazón, y por lo tanto profesando severos principios hasta respecto á la moral política, aquel Monarca contestó á los misteriosos emisarios una palabra que será p rpetua aur ola á su memoria: «Dios ha dicho, y yo acato la palabra de Dios: *No codiciar s los bienes ajenos.*»

Esta contestacion, que glorifica los labios que la profirieron, es y será baldon p rpetuo para la miserable dinastía que ha pisoteado este santo lema, principio del órden y de la paz, sentados en la justicia.

Los anarquistas, convencidos de la imposibilidad de conquistar el corazón del Soberano, empezaron sus preparativos de rebeldía. Sus campos predilectos fueron los Abruzzos y la Calabria. Ensayos estériles, pues no estaba preparado para cosechar insubordinacion un país que comprendia instintivamente que la revolucion solo podia proporcionarle la ruina.

El espíritu público sofocaba las insurrecciones en su primer período; N pols era el baluarte de granito de la fidelidad.

Convino en la necesidad de recurrir   una propaganda mas activa. En 1845 escogió *La joven Italia* el pretexto de la celebracion de un *gran congreso científico* para emitir   la luz del dia teorías sociales que solo hasta entonces se desenvolvian protegidas por las tinieblas de la noche.

Los programas de *independencia y unidad* se presentaron rodeados de los atractivos de una elocuencia astuta y calculada; no faltaron incautos que sucumbieron al canto de las sirenas políticas, y que creyeron en la posibilidad de obtener mayor bienandanza debajo los pliegues de la roja bandera.

El congreso científico fue mas bien una asamblea política vergonzante.

En 1847 la famosa protesta atribuida   Settembrini vino   consternar el ánimo de los hombres pacíficos y   encender las pasiones de los amigos de aventuras.

El Rey y su Gobierno eran descritos en ella como tiranos del pueblo, y mantenedores de la ignorancia y envilecimiento.

La lectura de aquel folleto hizo posible la nueva insurreccion de la Calabria, acaudillada por Domenico Romeo. El grito de los sublevados lanzado el 2 de setiembre de dicho año fue: * Viva Pio IX; viva la Constitucion; viva el Rey!*

El levantamiento de los descontentos de la Calabria tuvo eco en Mesina; empero la atmósfera general no se habia contagiado aun;   la primera resistencia s ria los insurrectos se dispersaron (1).

Tenia el Rey un ministro infatigable y de lealtad probada, llamado Santángelo, en cuyas manos reunia las riendas de todos los departamentos de la gobernacion del Estado. Ministro cu si universal, gracias   su talento y experiencia, dominaba completamente los negocios, que impulsaba con vigor, favorecido por la unidad de accion.

Los adversarios del sistema gubernativo consiguieron decidir al Rey la formacion de otros ministerios, para descentralizar el poder y compartirlo entre varios sujetos fieles. Fernando II cre  las carteras del *Interior*, de la *Instruccion*, del *Comercio* y de *Obras públicas*; el ministro Santángelo tomó como un

(1) En aquel tiempo el reino de N pols era el mas próspero de Europa. La deuda nacional ocasionada por los sucesos de 1820 se hallaba enjugada por completo; los trabajos públicos tomaban cada dia mas pronunciado incremento; los recursos del Gobierno eran sobrantes, de modo que por propia iniciativa el Rey suprimió las contribuciones que mas directamente afectan   los indigentes, como son la de la sal y la alcabala de los granos.

desaire estas subdivisiones de la administracion pública que él en sí reunia, y presentó humilde y lealmente su renuncia.

El alejamiento de una persona de las cualidades de Santángelo fue un quebranto para la causa de tan combatida monarquía.

Los sujetos llamados para ejercer la administracion del país llegaron con ideas y proyectos completamente nuevos; empezó á correr por las oficinas del Estado la palabra *reformas necesarias*, y á disminuir en consecuencia el respeto á las antiguas costumbres administrativas; aumentóse el personal dependiente de los ministerios, y por lo tanto nacieron entre los empleados ambiciones diplomáticas que mas tarde habian de ser mañosamente por los anarquistas explotadas.

Hubo quien en las altas regiones empezó á hablar de la urgencia de un cambio de política y de la necesidad de secundar el movimiento emancipador del resto de Italia.

Un grave tumulto explotó en Nápoles á mediados de noviembre; la consigna era gritar: *¡Abajo el ministerio de Policía; retirese el confesor de S. M.!*

El 12 de enero de 1848 Palermo respondia á las excitaciones de la capital del reino.

Sicilia tenia mayor cantidad de combustibles para sostener el incendio de las pasiones anárquicas y rebeldes. No solo estaba minada por *La joven Italia*; tambien *La vieja Inglaterra*, representada por hombres astutos como lord Edgumbe, aflojaba cautelosamente los lazos de suave dependencia de la Sicilia con Nápoles, para que emancipada aquella fuese mas posible su anexion á la Gran Bretaña, hecho que era otro de los sueños políticos de lord Palmerston.

El movimiento de Palermo fue una verdadera y solemne revolucion dirigida por expertos maestros en tan difícil arte. Lo primero que procuraron los atrevidos caudillos fue asegurarse de la complacencia de los jefes napolitanos y realistas. Desanget, general en jefe del ejército expedicionario, y el duque de Majo, gobernador de Palermo, se entregaron á la mas incomprensible inaccion. Dueños de un ejército aguerrido y disciplinado, contemplaron, arma al brazo, como engrosaban las filas de los insurrectos, y presenciaron con la mayor sangre fria como se abrian las puertas de las cárceles á trece mil criminales que recibian el perdón en cambio de aceptar un fusil para la defensa de los derechos del pueblo, segun decian. El gobernador Majo abandonó la ciudad, y el general Desanget el campo, encaminándose con sus fuerzas á Mesina.

Palermo fue precipitado al abismo de la anarquía; el palacio real fue saqueado con frenesí; rasgados los cuadros mas preciosos; hechos añicos sus muebles riquísimos; arrancados los mosaicos históricos de algunos pavimentos: las casas de los servidores adictos al Rey fueron invadidas, saqueadas; las estatuas de mármol del paseo principal, que representaban á los soberanos de Nápoles, arrojadas al suelo y mutiladas; casi todos los individuos de la policía se vieron inmolados por el puñal vengador.

Enormes desgracias que de seguro no acontecieran á no haber abandonado sin precaucion alguna la ciudad los que tenian estricta obligacion ante Dios y los hombres de salvarla, y á ser mas enérgicas y dignas las personas que constituian el Gobierno provisional.

En efecto, Ruggiero Settimo y Mariano Stabile carecian de suficiente magnanimidad para resistir el tempestuoso oleaje del pueblo que les habia entro-

nizado; no se sentian bastante fuertes para combatir, conociendo cuán terribles son las masas en los momentos de su desencadenado furor.

La Sicilia entera secundó el levantamiento de Palermo, y la revolucion creyóse con motivo triunfante.

El éxito de la empresa siciliana encorazonó á los napolitanos. Las huestes calabresas se lanzaron de nuevo al campo, y todo el reino, en el que habian fructificado ya las máximas de independencia, ardió súbitamente. La agitacion crecia por momentos, y como quiera que los revolucionarios debian concretar de una manera ó de otra sus aspiraciones, formuláronlas exigiendo:

- 1.º La destitucion de Mons. Coclé, confesor del Rey.
- 2.º El destierro del marqués Delcaretto, ministro de Policía.
- 3.º La proclamacion de la independencia italiana.

El Rey deseaba complacer los deseos del pueblo verdaderos y justos; empero ¿reunian ambas condiciones los votos anunciados? ¿Era el pueblo, ó la chusma popular la que reclamaba? Despues de muchas vacilaciones Fernando II consintió en destituir á su Confesor y alejar de la patria á su Ministro.

El Rey se declaró en retirada.

Los grandes acontecimientos se acercaban.

En agradecimiento á la destitucion de su confesor y de su ministro organizóse por los mazzinianos una ruidosa manifestacion. Inmensa muchedumbre ocupó la calle de Toledo agitando banderas nacionales, y aclamando vigorosa la *independencia nacional*, la *constitucion del Estado*. La demostracion, que en un principio no salia de la legal circunferencia, tomó luego un color mas subido, y los gritos de *Viva la constitucion del Estado* se convirtieron en aclamaciones á la república.

El orden fue gravemente turbado con aquel motivo en la capital, de modo que para restablecerlo hubo de desplegar un imponente aparato de fuerzas. Acontecia esto el dia 27 de enero de 1848.

Aquella noche de vértigo popular lo fue tambien de agitacion palaciega; repetidas diputaciones se acercaron al Rey poniéndole á la vista el cuadro triste que presentaba á la sazón Sicilia y Nápoles, los progresos de los insurrectos, la falta de confianza en la solidez del *Statu quo*, el presentimiento que embargaba los ánimos de que era necesario abrir un nuevo horizonte al pueblo; todos los discursos terminaban aconsejando al Rey diera una constitucion.

Fernando II convocó el Consejo para adoptar una resolucion definitiva. La atmósfera estaba ya completamente confeccionada á gusto de los reformistas; á cada minuto, dice el conde de Arlincourt, llegaban á palacio mensajes y partes alarmantes por el estilo de los que el general Maison dirigia á Carlos X.

«¡Señor! la capital se halla en plena insurreccion: mañana será entregada á sangre y fuego; ya no hay resistencia posible.

«¡Señor! los ingleses se declaran en favor de *La jóven Italia*, y hablan de bombardear á Nápoles.»

«¡Señor! en el ejército se nota ya el espíritu de sedicion; las tropas están resueltas á no defender la Corona.»

«¡Señor! todas las Calabrias se han sublevado, y vienen sobre Nápoles treinta mil hombres.»

«¡Señor, que peligra vuestra existencia!... Inminente es la catástrofe; los

puñales están ya sobre vuestra cabeza. ¡Por los cielos! no mas plazos. Una constitucion, ó todo está perdido.»

Fernando II accedió á otorgar una ley fundamental, encargando al Ministerio la redaccion de la misma. Formaban entonces el Consejo de Ministros Serra Capriola, el baron Bonnanni, los príncipes Dentice y Torella, Scovazzo, Cianculli y el mariscal Garzia.

La noticia de la condescendencia del Rey dió márgen á una nueva y mas ruidosa manifestacion; la muchedumbre alborozada se dirigió á palacio pidiendo saludar al Monarca; Fernando II salió á caballo y recorrió las principales calles de su ciudad.

Hé ahí la descripcion que en la *Italia roja* el autor que acabamos de citar hace de aquel paseo real; dos cuadros se destacan en la curiosa reseña que va á leerse, en cuya comparacion resalta la diversidad de espíritu reinante en las masas trabajadas por la artificial política, y del que domina al pueblo llevado por sus espontáneos sentimientos.

En la calle de Toledo y en el Mercado de Nápoles se exhibieron en aquel dia simultáneamente las dos fisonomías del pueblo, la natural y la artificial; á pocos pasos de distancia se oia la expresion de dos épocas diferentes; en el Mercado la época del respeto y de la tradicion, en la calle de Toledo la de la incertidumbre y de las aventuras.

Al salir el Rey de palacio junto con sus príncipes, algunos guardias de corps consiguieron abrirles paso entre la muchedumbre compacta; la calle de Toledo se habia empavesado en su totalidad; en ella tenian su cuartel general los *Fratellos*, llamados por otro nombre mazzinianos, quienes animaban con su actividad y entusiasmo el ardor público.

Hé aquí algunas de las voces proferidas por aquel centro demagógico enmascarado:

«¡Viva el Rey; viva la Constitucion; viva Gioberti; viva Romeo; viva Mazzini; viva Pio IX; viva Toscana; viva Mamiani; viva Carlos Alberto; vivan los Bandieras; vivan los ingleses; viva Ciceriacchio!»

Todo esto y lo restante hubiera podido traducirse y resumirse en tres palabras: ¡Viva la república! Pero la extravagancia no habia llegado aun á su apogeo.

Entre tanto, en otros barrios de la ciudad oíanse otros clamores enteramente opuestos: ¡Viva el Rey; viva Dios; viva la Madona; viva san Javier; viva la real familia! ¡Qué de confusion! ¡qué espectáculo!

Revisemos ahora la calle de Toledo.

Allí cada ciudadano del partido, rebozándose en un traje llamado patriótico, se presentaba con diversas formas. Algunos llevaban los colores nacionales sicilianos, belgas, franceses, lombardos y piemonteses, luciendo en unas como mantas tricolores, que los envolvian de piés á cabeza. Muchos no variaban sino los colores de la parte superior del cuerpo, mientras otros preferian adornar la inferior. Como cada revolucion y cada país tiene sus oropes y sus insignias, todos los emblemas reunidos fueron alegremente adoptados para aquella solemnidad radical, ó, mas bien dicho, para aquellas carnes-tolendas constitucionales en que el delirio se disfrazaba en gozo.

Veíanse algunas calesas en que iban hombres de pié con una bandera tricolor tan gigantesca, que emparejaba con el tercer piso de las casas; mientras que chicuelos sentados á su rededor agitaban banderolas como abanicos.

Títulos de los capitulos contenidos en las entregas que van publicadas de la presente obra.

- PRÓLOGO.
- CAPITULO I.—Situación del mundo al nacer Pío IX.
- CAP. II.—Patria, familia y nacimiento de Pío IX.
- CAP. III.—Relaciones del niño Juan María Mastai con el sumo pontífice Pío VI.
- CAP. IV.—Pío VII.—Relaciones del joven Mastai Ferretti con aquel Pontífice.
- CAP. V.—Leon XII.—Relaciones del abate Mastai con aquel Pontífice.—Su elevación al episcopado de Espoleto.
- CAP. VI.—Pontificado de Pío VIII.
- CAP. VII.—Gregorio XVI.—Relaciones del arzobispo de Espoleto con aquel Pontífice.—Su traslación á la silla de Imola y elevación al cardenalato.
- CAP. VIII.—Elección del sumo pontífice Pío IX.
- CAP. IX.—Situación del mundo á la elevación de Pío IX al pontificado.
- CAP. X.—Principios del pontificado de Pío IX.
- CAP. XI.—Un sermón predicado por Pío IX.—Hechos diversos y sábias disposiciones de este Pontífice.
- CAP. XII.—Celo extraordinario de Pío IX en favor de la Iglesia universal.
- CAP. XIII.—Pío IX y los Jesuitas.
- CAP. XIV.—Diversas anécdotas sobre la caridad de Pío IX para con los desvalidos.
- CAP. XV.—Política de Pío IX en la inauguración de su reinado; revolución de Roma.
- CAP. XVI.—Primeras reformas de Pío IX.—Manifestaciones populares.
- CAP. XVII.—Complicaciones diplomáticas y maquinaciones revolucionarias.
- CAP. XVIII.—Revolución de 1848.
- CAP. XIX.—Las tres cuestiones de la revolución.
- CAP. XX.—Solicitud del Papa en el gobierno de la Iglesia.—Tratados con Rusia y Toscana.—Alocución política-religiosa.
- CAP. XXI.—Interregno parlamentario; Ministerio Rossi; furor de los demagogos contra el nuevo Ministerio.—Proyectos de Rossi, y conjuración revolucionaria.
- CAP. XXII.—La revolución contra el Quirinal.—Incidentes políticos.—Partida del Papa.
- CAP. XXIII.—El Papa en Gaeta.—Fernando II de Nápoles.—Documentos pontificios y sucesos revolucionarios.
- CAP. XXIV.—Elección, institución y primeras sesiones de la Constituyente romana.
- CAP. XXV.—Cuarta protesta del Papa.—Mazzini en Roma.—Acción de la Constituyente.—Desarrollo de la revolución.
- CAP. XXVI.—Situación de la Italia desde mediados del año 1846 hasta la intervención de las potencias católicas en Roma.

Láminas publicadas.

- PORTADA.—*Noli timere periculum; lignum te portat quod continet sæculum.* (AUG. ENAR. IN PSALM. CIII). No temas el peligro, la nave que te lleva sostiene y refrena el mundo.
- Sinigaglia, patria de Pío IX.
- El niño Mastai orando con su madre por Pío VI.
- El presbítero Ferretti despidiéndose de los pobres del hospicio de *Tata Giovanni*.
- El joven Mastai Ferretti pide consejo á Pío VII sobre su vocación.
- El piloto Bako salva la embarcación en que iba Mons. Mastai Ferretti.
- Mons. Mastai, obispo de Imola, careciendo de dinero, entrega un par de ricos candelabros de plata, para sacar de apuros á un comerciante comprometido.
- Mons. Mastai, arzobispo de Espoleto, se presenta al general austriaco implorando perdón para los insurrectos italianos refugiados en su ciudad.
- Una paloma blanca se posa sobre el coche del cardenal Mastai al dirigirse al conclave.
- Anuncio al pueblo de la elección de Pío IX desde uno de los balcones del Quirinal.

Láminas que van á publicarse.

- Ovación á Pío IX con motivo de la amnistía.
- Pío IX socorre á un niño del campo.
- Manifestación en el Coliseo á favor de la guerra.
- Asesinato del ministro Rossi.